



Madrid 30 de Setiembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—Memorias de una niña [continuación], por doña Joaquina G. Balmaseda.—El camino de la vida, por don Antonio Arnao.—La Pelota y el Libro [Fábula], por don M. Vazquez Taboada.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Las siete Maravillas del Mundo: El Coloso de Rodas, por don Juan Cuesta.—Historia natural: El Apteryx, por don Benigno Doncel.

GRABADOS. El Coloso de Rodas.—Modelos de crochet.—El Apteryx.

LECCIONES DE MORAL.

IV.

Los enemigos de toda felicidad, de toda paz, de todo bien son las pasiones, y preciso es vencerlas con tiempo, antes que se desborden y nos dominen, porque entonces se necesita un esfuerzo muy poderoso, y solo con el auxilio divino podemos alcanzar á refrenarlas.

Al principio no se presentan mas que como inocentes caprichos, sin ninguna trascendencia, pero cuando se van eslabonando unas

Tomo II.

á otras, cuando se adquiere el hábito de ceder á ellas, lo que parecia que solo se limitaba á proporcionarnos un momento de placer, se convierte en el eterno torcedor de nuestra vida.

Se puede tener un entendimiento claro y un corazon bueno y sensible, y hacernos, sin embargo, insoportables á todos y aborrecibles á nosotros mismos, solo con acostumbrarnos á no poner freno á nuestros deseos.

Es condicion de nuestro espíritu desdeñar lo que poseemos, y anhelar siempre un mas allá, empleando mayor ardor en el deseo, cuanto mas imposible nos parece el realizarlo. Por lo tanto hoy vuestro capricho se limita á obtener un juguete de cobre, y vuestros padres os lo compran; pero mañana lo anhelareis de oro,

Núm. 37.

y como no les será ya posible daros gusto, la contrariedad que esperiteis será mucho mayor que el placer que os haya causado el obtenerlo otras mil veces.

Pero aun dado caso que vuestros padres fuesen muy ricos y muy poderosos, y no pudieran hallar obstáculos materiales para complacerlos, siempre tendríais que luchar con la casualidad, que á veces desbarata los cálculos mejor combinados; con los elementos; con las enfermedades, y con todos aquellos contratiempos que vienen de Dios, y que al hombre le es imposible prevér ni dominar.

Lo mismo sucede con respecto á las demás pasiones: reprimir el primer impulso de la ira es muy fácil; pero una vez que nos hayamos entregado á él, ya no nos es casi posible el contenernos. Sucede como al que tira una piedra: puede tirarla ó no tirarla; pero una vez que la ha soltado, no sabe adonde irá á parar ni los males de que pueda ser autora.

Suponed á una niña á quien su madre permite que vaya á jugar á casa de otra niña, prometiéndola luego llevarlas á ambas al paseo ó al teatro.

Suponed que durante el juego se incomoda con su amiga, porque ésta rompe un juguete ó pronuncia una palabra inconveniente; si reprime su enojo ó contesta con moderacion y prudencia, pasado un instante, como no ha habido dañada voluntad en la ofensora ni la ofendida conserva la hiel del resentimiento, siguen su juego alegremente, salen á paseo, pasan una tarde deliciosa, y vuelven á su casa tranquilas y satisfechas.

Suponed, por el contrario, que dejándose arrastrar por el arrebato de su cólera, prorrumpe en denuetos contra su compañera, hace añicos sus juguetes, y se entrega por completo al vértigo que la turba, su madre se verá precisada á castigarla, la privará del paseo y acaso la hará acostarse sin cenar. ¡Cuán triste habrá sido para ella aquella tarde que hubiera podido ser tan feliz! ¡Qué vergüenza al despertar á la mañana siguiente, cuando halle el rostro severo de su madre, cuando lea en los de todos que ha hecho mal, cuando lle-

gue la hora de ver á su amiga y tema que la eche en cara su injusticia! ¡Cuán poco la hubiera costado mostrarse amable á los ojos de los demás y proporcionarse mil gustos á sí misma!

Creédme, hijas mías, la primera víctima de las pasiones es aquel que las alimenta: son como las fieras, que ensangrientan la mano que las acaricia.

Una niña esclava de sus pasiones es lo que generalmente llamamos una niña mal criada, y cuán intolerable es su presencia en todas partes, mientras ella experimenta necesariamente los disgustos que producen la ignorancia, la ociosidad, los errores del entendimiento y los vicios del corazón! Considerad atentamente la violencia del estado en que se halla siempre su espíritu. La menor contradicción la es insupportable, y no contentándose con no obedecer, quiere mandar y disponerlo todo á su antojo. Unas veces se muestra soberbia con los criados, y es causa de que se les riña; otras veces porque halla gusto en jugar con ellos, desciende hasta la mas baja familiaridad, y luego se irrita con las libertades á que da márgen. No respeta á sus padres ni á sus maestros, y por el placer de contravenir á sus mandatos se hace indolente, y como sin la ocupacion constante no puede existir bienestar, se aburre y se consume, y los dias le parecen largos é insupportables. Las adulaciones, que no merece por sus cualidades, la fastidian, y sin embargo no puede pasarse sin ellas, y su necia vanidad las provoca por medios bajos é indecorosos, cifrando en lo vistoso de sus trajes y juguetes su mal entendido orgullo. Como no conoce la equidad ni la moderacion, se cansa de sus muñecas, de sus dijes, de sus diversiones, y codicia las de otras niñas; como es ignorante, porque no ha querido sujetarse al estudio, se subleva contra los lauros que otras ciñen, y por último se despedaza de envidia, al ver el aprecio general que otras obtienen por sus virtudes, sin pensar que es merecido. Y el bien y el mal, la luz y la sombra, lo justo y lo injusto, todo la irrita, todo la ofende, todo labra su martirio.

¡Ay de la niña que llegue así á veinte

años! Será el castigo de sí misma, el azote de su familia, el escarnio del mundo, y atraerá sobre su frente las maldiciones del cielo.

Por mas que la naturaleza la haya dotado con sus atractivos, nunca logrará parecer hermosa, porque no puede serlo aquella cuyos músculos se contraen frecuentemente por la ira, cuyas cejas juntas indican mal humor, cuyos ojos brillan con el torvo fuego de la envidia ó la codicia, cuya boca muestra siempre una sonrisa de burla ó de desprecio. Solo la serenidad del alma, solo la bondad del corazón, pueden embellecer un rostro feo y aumentar los encantos del que es bello.

Tampoco gozará jamás de buena salud, porque una niña antojadiza no quiere comer mas que golosinas, no quiere pasear cuando es debido ni guardar mas régimen que el de su capricho.

Unas veces se obstina en permanecer en casa, porque la incomodan el sol y el polvo, el calor y el frio; otras veces se empeña en salir á pesar del mal tiempo. Cuando está enferma no quiere tomar los medicamentos necesarios, burla los cuidados de sus padres, desatiende las prescripciones del médico, y si no sucumbe, tal vez contrae una dolencia crónica mil y mil veces peor que la misma muerte.

¡Oh, mis queridas niñas, no querrais nunca que este feo retrato sea copia de vuestros originales! Ni lo espero ni lo temo; pero lo ofrezco á vuestros ojos para que pongais todo vuestro esmero en que al contemplarle, no se pueda hallar en él ni el mas ligero rasgo de vuestra semejanza.

Estad siempre alerta, siempre dispuestas á luchar contra las pasiones, contra estos enemigos, que se valen de mil disfraces á cual mas hermosos para sorprender nuestro corazón, y si alguna vez por inadvertidas les dieseis entrada en él, meditad bien todas las consecuencias que os hayan acarreado, poned en una balanza justa el placer y los disgustos que os reporten, y vereis que es mucho mas fácil, mas útil y mas agradable el tenerlas siempre sujetas al yugo de la razon y la conciencia.

ANGELA GRASSI.

MEMORIAS DE UNA NIÑA. (†)

[Continuacion.]

VI.

LO QUE VERÁ QUIEN LEYERE.

En *nuestro* carruaje penetramos en el jardín de la quinta, y allí le despedimos despues de acariciar á las cabritas, llevándose al punto mamá á mi hermano, porque segun dijo no le convenia tomar el sol. Yo, era distinto, y rebelándome á las indicaciones de mi aya Margarita, fui á visitar á la mujer y los hijos del jardinero; corrí del jardín al patio, del patio al gallinero, de este á la estufa... todo con la viveza de la ardilla.

Cuantos me encontraban, criados ó niños del pueblo elogiaban mi hermosura, mi traje, y celebraban lo que habia crecido desde el año anterior... En fin, cuando haciendo un esfuerzo volví á pensar en mi hermano, habian pasado dos horas.

—Qué pronto se pasa el tiempo escuchando lisonjas! exclamé, y pareciéndome egoista mi olvido, me encaminé en busca de mi hermano, llevándole un lindo conejito blanco para indemnizarle, ó mas bien para disculpar mi ausencia.

Lo conseguí, porque Manuel juzgó que habia pasado todo aquel tiempo buscando el conejo, y no sé quién tuvo mas alegría de los dos, si él al recibirle ó yo al entregársele. Ignoro las veces que me dió las gracias por mi regalo, pero fueron muchas.

El aire del campo probó muy bien á mi hermano, que no necesitó en breve guardar método para salir, estando siempre juntos por consiguiente. El cuidado del coche y las cabras nos ocupaba algunos horas del día, y juntos lavábamos y limpiábamos el primero, y juntos echábamos de comer tres veces al día á las segundas. Despues nos consagrábamos á cultivar

[1] Véase el Núm. 53.

un pedazo de jardín que nos cedían, y nosotros cuidábamos, siguiendo las instrucciones de Pedro el jardinero, que siempre quedaba muy satisfecho de sus discípulos. El día que contábamos en *nuestro* jardín un nuevo capullo, ó el día que veíamos aparecer en la mesa guisantes que nosotros habíamos cuidado, nos llenábamos de orgullo.

Un día nos ocurrió vender á la cocinera toda la verdura de la huerta, para comprar con su importe unos zapatos á un niño muy pobre que vivía junto á casa, acción que á mi hermano y á mí nos valió muchos elogios. No obstante, la alegría mayor que debía producirnos el jardín era el día del Santo de mamá.

Llegó este día, que era el de la Asunción, para cuyo tiempo el calor había casi agostado todas las flores: solo un rosal se ostentaba rico y florido.

—Aun hay aquí rosas para un ramo, decía Manuel.

—Sí, repliqué yo, pero no quedará ni una en el jardín.

—Y qué importa, si las llevamos á mamá?

—Si le lleváramos una rosa cada uno!

—Vaya una miseria!

—Tienes razón, mamá lo merece todo y no vacilo, dije yo comenzando á cortar las flores.

Hice un hermoso ramo, habilidad que me había enseñado también Pedro, y á cuya aprobación sometí mi obra, dejándole en agua hasta el momento solemne en que todos estuviesen reunidos. Así sucedió, y cuando mi hermano Alfonso ofreció á mamá un lindo trabajo de pluma, y María un pañuelo con su nombre bordado, nosotros le ofrecimos nuestro ramo de flores, ofrenda que agradeció más que otra por ser la más inesperada.

Si hubiéramos sido capaces de sentir el sacrificio de nuestras flores, nuestra pena se hubiera disipado al ver la alegría que causaron á mamá!

Este día no pasó, sin embargo, todo él sereno: por la tarde se declaró una violenta tempestad que nos hizo correr junto á Margarita, como de costumbre, que tenía ya encendido el

caballo del Santísimo. La tempestad, que fué espantosa, duró largo rato, y cuando pasada ella nos asomamos á contemplar nuestro jardín, encontramos todas las plantas destrozadas, todas las flores perdidas.

Iban casi á correr nuestras lágrimas, cuando Margarita, con su habitual prudencia, exclamó:

—Vuestro jardín era solo un pasatiempo, hijos míos. Pobres de aquellos que viven del producto de los campos.

Esta reflexión nos consoló, y entonces nos dimos mil enhorabuenas por haber cortado las rosas que tanto agradaron á mamá, y aun nos reservaban otra satisfacción. Al día siguiente al entrar á saludar á mamá la encontramos pintando una acuarela. Oh gozo! Lo que copiaba era nuestro ramo de la víspera!

—Retratas nuestro ramillete, mamá? dijo mi hermano.

—Sí, hijo mío.

—Qué honor para los jardineros, dije yo.

—Esas rosas son muy lindas, pero su perfume me agrada menos que el recuerdo que á ellas se enlaza. Este es el que quiero que no se borre: la imagen de este ramo, siempre ante mis ojos, me recordará la ofrenda de mis hijos el día de mi Santo, y como esas flores dentro de algunas horas estarán marchitas, quiero conservarlas siempre por medio del pincel.

No hay rosas que valgan lo que estas palabras valían para Manuel y para mí!

(Se continuará.)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



EL CAMINO DE LA VIDA. (4)

Dos espíritus enemigos se disputan tenazmente el corazón humano, desde la infancia á la senectud; desde la cuna al sepulcro: estos son la esperanza y el desengaño; el bien y el mal. Combatido sin tregua el hombre por tan contrarias influencias, su paso es vacilante de continuo, porque no acierta á cuál de ambos seguir. No sabe cómo obedecer al que le llama á todo lo grande, á todo lo difícil, sin que resuenen en su pecho los halagos del que solo tiende á debilitar sus fuerzas y desvanecer sus ilusiones; y mucho menos consigue por el contrario dejarse llevar del que le induce á la molición y la debilidad, sin que hiera su conciencia la fatídica voz del remordimiento; pues sin cesar le dice: «Para más has nacido.»

Esta funesta vacilación del hombre se deja conocer en todos sus actos. Un aliento, superior á la naturaleza, le hace á cada instante levantar sus ojos al cielo: un peso enorme que gravita sobre su frente, se los hace bajar avergonzados á la tierra. Vuelve su memoria á lo pasado y lo vé lleno de lastimosos restos. Fija su consideración en lo presente, y hallando solo lucha en su derredor, cree que la tierra va á faltar debajo de sus plantas. Dirige sus esperanzas á lo futuro, y encuentra senderos ásperos que recorrer, obstáculos que superar, enemigos con quienes combatir. Quiere conocer, amar el bien en toda su pureza, y un poder adverso se lo presenta austero y desabrido, al paso que le ostenta el mal en todas sus seducciones. Anhela descubrir la verdad, y la halla medio cubierta con un denso velo que apenas le es dado levantar. Así discurren nuestros años, entre pugnas y zozobras. Pero ¿no hay nada que nos sostenga; que nos levante de nuestras caídas; que nos estimule á proseguir luchando? Sí; una potencia vigorosa combate

en nosotros mismos; para darnos aliento nos hace ver una corona inmarcesible: aquella es, en la tierra, la voluntad; ésta es, sobre la tierra, la felicidad.

Si la vida es así en conjunto, ¿cómo es la vía que conduce á su término? *El camino de la vida* es una cuesta áspera y difícil. Estrecha y tortuosa, va siempre costeano los bordes de un precipicio. Desigual en su anchura, pone al viandante en la necesidad de mirar donde asienta la planta, si no quiere, cuando menos lo piensa, sentirse despeñar al abismo. Los extremos de esta senda descansan en dos polos diametralmente opuestos. El uno que está velado en sombras, parte del tiempo: el otro, circundado de luz, descansa en la eternidad. Estos dos límites, conocido el uno y desconocido el otro, forman como la alianza de lo finito con lo infinito.

Las perspectivas que se ofrecen á los ojos del caminante, en este dilatado sendero, son severas y solemnes. Una garganta de rocas escarpadas cierra en su seno un lago azul y sosegado, bajo cuya rizada superficie están ocultos los escollos y el abismo. Este lago, que convida á cruzarle en lijeras barquillas, es el del *placer* y la *dicha* de la tierra. ¡Cuántos corazones incautos fueron devorados en mitad de sus alegres sueños por aquellas implacables olas, tranquilas primero, y enfurecidas después por un aguillon repentino!

Al borde de esta senda crecen gayas florecillas y plantas perfumadas, que embelesando los sentidos de muchos viajeros, los detienen en su generosa marcha, y les hacen olvidar el término de su carrera. Estas florecillas encantadoras se llaman *pasiones*. ¿Quién puede decirse tan afortunado que no haya retrocedido un punto, para aspirar aquella embriagadora esencia, que hace asomar la sonrisa á los labios y las lágrimas á los ojos?

Conforme el hombre va subiendo por este tortuoso camino, halla más trabajosa y difícil la jornada. La niñez entra con paso resuelto y descuidado, sin que los afanes del viaje fatiguen sus fuerzas espontáneas; y aunque todo lo encuentra matizado de flores, no se detiene

[1] A los señores suscritores cuyo abono termina en fin de Octubre y que lo renueven por un año, se les regalará una preciosa lámina estampada á dos tintas, alusiva á este artículo.

á cogerlas, ni á respirar su funesto perfume. La juventud siente el primer cansancio; cansancio que las mas veces le hace sentarse desconsolada á orillas del precipicio. La virilidad recobra sus fuerzas, y desdeñando halagos y temores, emprende de nuevo, y con paso denodado, la marcha que ha de conducirle á la anhelada cumbre, coronada de resplandor imperecedero.

—¿Veis aquel gallardo jóven que, abandonando el baston de viandante, se halla sentado en mitad de su camino? Ese es un viajero, fatigado por las asperezas que ha recorrido, y desalentado por las que tiene que recorrer mayores. Su cabeza, inclinada sobre el pecho, y sus ojos, lánguidamente entornados, revelan postracion y desaliento. Tal vez enamorado por las rosas que encuentra á su paso, se ha detenido á gozar de sus encantos; tal vez las azules aguas del lago le parecen, con su traidor reposo, la imágen de la felicidad.

Pero junto á él se ha detenido otro caminante. El nuevo compañero muestra en los surcos de su rostro las huellas del sufrimiento. Su mirada, ciega á cuanto hay en su derredor, se fija solamente en el término á que se dirige. Para él la dicha está en el fin de su camino.

—Jóven, dice con generoso acento al desalentado viador, ¿por qué te dejas vencer por la fatiga? ¿No sabes que si no luchas y padeces no alcanzarás la corona apetecida? Levanta la noble frente que ya empañan las sombras del dolor. Enjuga las tristes lágrimas que apagan el brillo de tu pura mirada. Vuelve á empuñar el báculo de viajero, y sígueme adonde nos esperan la verdad y la ventura. Yo soy la *razon*. Sígueme.

Y cogiendo cariñosamente con una mano la del abatido mancebo, le muestra con otra la lejana cima que van á ganar viajeros mas afortunados.

—Déjame, responde el jóven sin alzar la abatida frente; déjame reposar un momento, aquí donde flores hermosas me brindan sus entreabiertos cálices. Mi camino me ha fatigado, y la perspectiva que me espera contrista mi corazon. Aquí tengo esas cristalinas aguas

que convidan á su azulado seno; y ¿quién sabe lo que me espera al término de mi viaje.

—Calla, ciego jóven; responde el primero. Tú no conoces la vida, ni sus aciagos encantos. ¿Vés mis ojos? Con el fuego de los tuyos ardan, y el desengaño tendió ante ellos un opaco velo. ¿Vés mis cabellos? Mas que el oro brillaban, y ya empieza el tiempo á salpicarlos con su nieve. Desdeña, pues, el deleite que te detiene: recobra el aliento perdido, que el nombre de Dios te aguarda al fin de tantos afanes.

En esto llegan á sus oidos, conducidas en alas de los céfiros, las alegres voces de los que habiendo desdeñado orgullosos seguir por aquel tortuoso sendero, cantan sus insensatas alegrías en los festines de la tierra: «Venid á mí, dice una apasionada voz; yo os brindo un Edén de goces y venturas: venid á mí! Yo soy *el amor!*»

Y otra, vibrante como el clarin de la victoria, esclama despues: «Los que quereis levantaros sobre esta existencia pasajera; los que ansiáis hacer resonar con vuestro nombre los confines mas apartados de la tierra; prestadme vuestro homenaje, y sed fieles á mi culto. Yo me llamo *la gloria!*»

Y otras muchas seductoras voces, mas halagüeñas que las arpas eolias, se dejan oir en pós de ésta; y lo que es mas, resuenan en el corazon del abatido viajero.

—Oyes, hermano? dijo el generoso compañero.

—Tambien las oí, responde éste con acento melancólico. Tambien las oí, y las amé, y las seguí intensamente. Y ¿sabés qué alcancé de ellas? Aprendí á llorar! Animo, pues; levántate y ven á mi lado que yo seré tu compañero y tu guía. Rompe el encanto que te fascina y oye otra voz, que no resonará en tu oido, sino en tu conciencia. Ella te estimula á que prosigas valerosamente tu jornada.

Así entre estos vaivenes se pasa la vida. Aspirando el hombre por una parte al cielo, y aherrojado por otra á la tierra, sus años no son sino una dolorosa prueba continuada, cuyo premio solo se alcanza á costa de vigorosos

esfuerzos. El camino de la vida está verdaderamente sembrado de asperezas. ¿Mas por eso hemos de temer atravesarlo, queriendo llegar al lugar del descanso? No, y mil veces no. Los combates que aquí sostenemos conducen á muchos á la victoria. ¿Quién no querrá conseguirla? ¿Acaso puede ser nunca coronado guerrero alguno sin pelear antes con denuedo?

Además el camino de la vida no es igualmente difícil para todas las edades. La niñez que todo lo ignora, nada teme en sus primeros pasos. La vejez que todo lo sabe, no espera nada de sus halagos. La juventud que está colocada entre los dos extremos, sufre el embate de la alegría y el dolor; de la ilusión y el desengaño; de la mentira y la verdad. ¿Cómo no caer con frecuencia entre enemigos tan encontrados?

Ah! Vosotros que subís penosamente por la escarpada cuesta; no os desalenteis jamás. Alzad la frente con valor, y proseguid por la senda en que os han precedido numerosos caminantes. Yo solo os diré para animaros que la perseverancia es semejante á aquellas plantas que tienen la raíz amarga y muy dulces los frutos.

ANTONIO ARNAO.

LA PELOTA Y EL LIBRO.

FÁBULA.

Á un Libro una pelota
Con mucha sorna dijo:
—«Con tu ciencia y tus páginas,
¿Para qué sirves, Libro?

Tan silencioso y grave
Tienes al pobre niño
Que entre solaz las horas
Pasaba antes conmigo;

De tal modo ha cambiado
Él ¡ay! tan divertido,
Tan jugueton y alegre,
Y revoltoso y listo,

Que la opinion segura
Formo desde ahora mismo,
Fundado en lo que veo
Con estos ojos míos,

Que á la infancia mas útil
Yo soy dando mis brincos,
Que el fólio mas preciado
De Homero ó de Virgilio.»

Y á la Pelota nécia
Dió esta leccion el Libro:
—No niego que son útiles
Tus juegos y tus brincos,

Al desarrollo ayudan
Prudentes ejercicios:
Mas sabe que del ócio,
Cuando es mal entendido,

Con la ignorancia nécia
Suele brotar el vicio.
Deben de un pasatiempo
No carecer los niños;

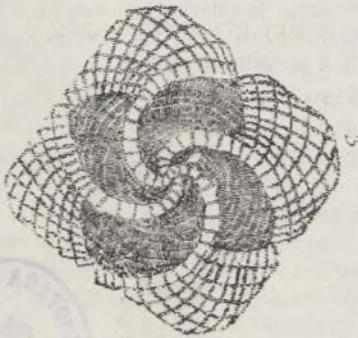
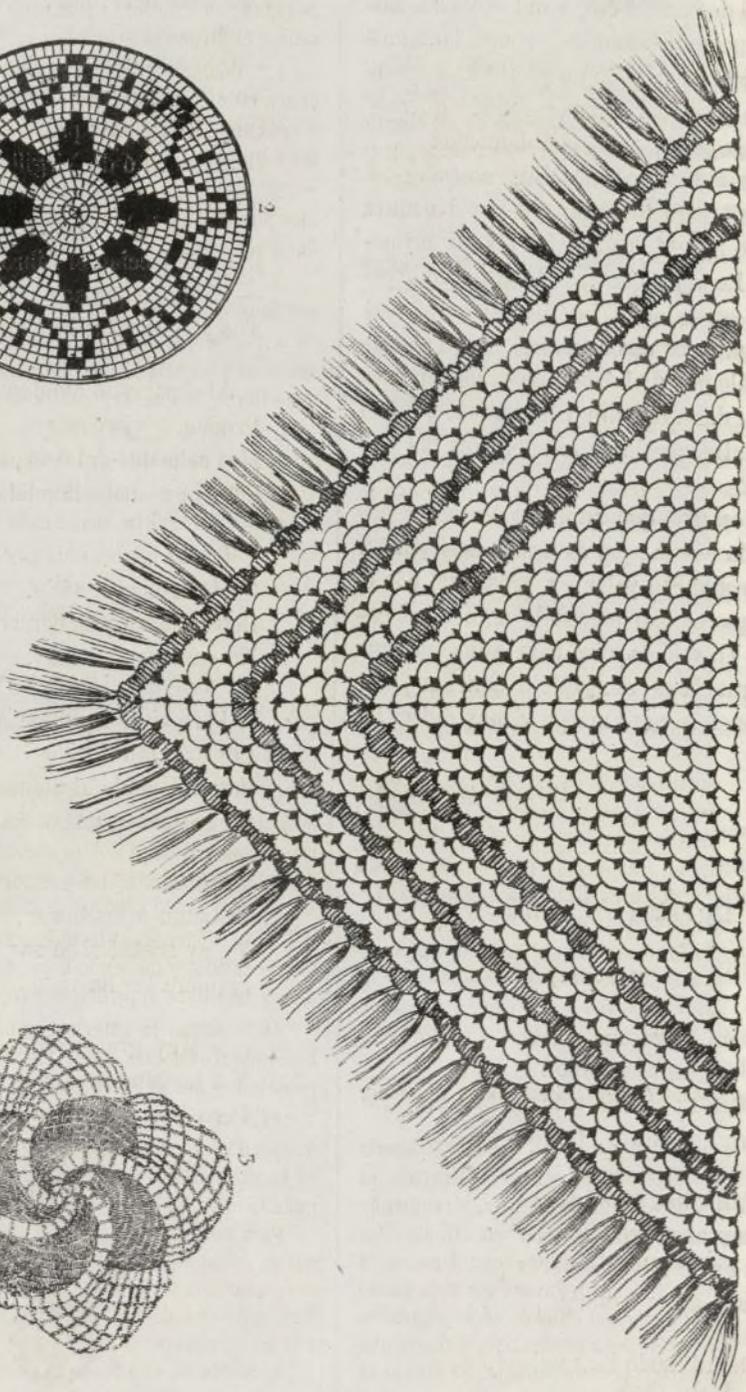
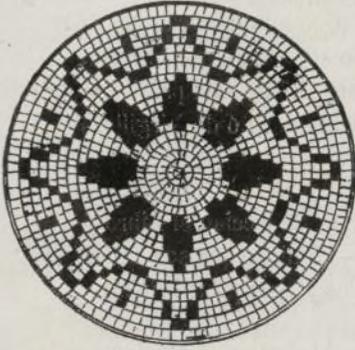
Pero si de la infancia
Los dias tan floridos
Pasan dejando al hombre
En su mente un vacío,

Entonces, un recuerdo
Tributan á los libros,
Y ¡ay triste! si en sus ocios
Siquiera los ha visto!

«Muy gratos son los juegos
Y á la salud benignos;
Pero hay que saber algo
Para vivir tranquilo.»

M. VAZQUEZ TABOADA.





LABORES.



Tres de *crochet*, y á cual mas lindas y útiles, muestra nuestro grabado de hoy. Es la primera un medio pañuelo ó *fichú* de lana; la segunda un círculo para cubierta de *acerico*, ó un *porta-monedas*, y la tercera una estrella que, unida á otras muchas iguales, formará *anti-macasares*, *colchas*, *cortinajes*, etc.

La esplicacion por su órden es la siguiente:

Se necesita para el pañuelo ó *fichú* estambre blanco, estambre grosella, estambre negro y un *crochet* de madera grueso.

Se principia por hacer 9 puntos lisos, cerrando el primero con el último, y se hacen despues 7 ps. lisos, 1 doble enganchado en la misma presilla, 3 lis., 2 dobles, 3 lis., 1 doble; todo en la misma presilla.

Se vuelve la labor á cada vuelta, y en las sucesivas, en vez de pasar el *crochet* entre los hilos del estambre, se pasa por el centro del calado.

2.^a *Vuelta*.—7 ps. s., 1 doble en la primera presilla, 3 ps. s., 1 bar. en el calado de la mitad del *fichú*, 3 ps. s., 1 doble en la presilla hasta terminar la vuelta.

3.^a—7 ps. s., 1 doble en la presilla, y se continúa esto mismo toda la vuelta, esceptuando el calado del centro, en que se hará barra en vez de punto doble.

Es preciso tener cuidado en crecer á cada vuelta, haciendo á los extremos dos presillas en la última.

Todas las vueltas son como las indicadas, alternando los colores en esta forma: 25 vueltas con estambre blanco, 2 con grosella, 2 con negro, 3 con blanco y 2 con negro, con lo cual el *fichú* saca un tamaño regular. El fleco se obtiene pasando cabos de estambre de los tres colores por el último calado y anudándolos. Las vueltas del *fichú* parten todas del sitio en que va colocado el número, y tienen todas forma triangular.

Se sujeta este *fichú* en el pecho con un lazo color de grosella.

El modelo *núm.* 2, que ya hemos indicado para los muchos objetos que puede utilizarse, se principia por el centro, haciendo 5 ps. s. y reuniendo el último al primero para trabajar en círculo: los puntos que constituyen esta labor, son: 3 ps. s., 1 barra para el fondo y 3 barras juntas por cada punto del dibujo, teniendo especial cuidado en aumentar en lo liso cuantos puntos sean necesarios, á fin de que el círculo quede perfectamente sentado. El dibujo se copia como uno de cañamazo.

Puede ejecutarse esta labor con algodón ó torzal de uno ó dos colores, segun el objeto á que se destine, teniendo necesidad de hacer dos círculos igua-

les si se destina á un *porta-monedas*, ó guarnecerle de una puntilla si se utiliza para *acerico*.

El modelo *núm.* 3, recomendable por su mucha novedad, se comienza por ocho puntos sencillos, y reunir el último al primero para formar círculo.

1.^a *Vuelta*.—*Seis puntos sencillos, un punto en el segundo de los anteriores. * Se repite desde cruz á cruz tres veces, lo que dará cuatro presillas, sujetas á un punto sí y otro no de la vuelta primera.

2.^a—* 6 ps. s., 4 ps. dobles sobre los cuatro últimos puntos de la primera presilla. * Se repite de señal á señal tres veces y lo mismo en todas las vueltas.

3.^a—* 6 ps. s., 7 dobles sobre los 7 últimos puntos de la vuelta anterior, contando los dobles. *

4.^a—* 6 ps. s., 9 ps. d. sobre los tres últimos sencillos y los seis dobles que siguen, dejando el último libre, lo que se repetirá en todas las vueltas. *

5.^a—* 6 ps. s., 12 ps. d. sobre los cuatro últimos lisos ó de calado, y los siguientes. *

6.^a, 7.^a y 8.^a—Como la anterior, aumentando en los dobles tres puntos mas á cada vuelta, llegando en la 8.^a á 21.

9.^a—* 5 ps. s., 1 p. en el centro de la presilla anterior, 6 ps. s., 20 ps. d. sobre los dobles, quedando el último libre. *

10.^a—* 6 ps. s., 1 p. en el centro de la primera presilla, 6 ps. s., 1 en la segunda presilla, 6 ps. s., 18 dobles sobre los 20, dejando primero y último libres. *

11.^a, 12.^a, 13.^a y 14.^a—Como estas dos, aumentando á cada vuelta una presilla ó cuadro calado, y disminuyendo dos puntos dobles en cada vuelta como queda explicado en la 10.^a En la vuelta 14.^a se tendrán 10 ps. d. y cinco cuadros de calado.

15.^a—Como las anteriores, aumentando un cuadro de calado, y haciendo 6 ps. d. sobre los diez, que queda uno libre al principio y tres al fin.

16.^a—Como la anterior, aumentando el cuadro y haciendo tres dobles sobre los seis, dejando uno al principio y dos al fin sin cubrir.

17.^a—6 ps. s., 8 cuadros calados, 6 ps. s., 1 p. d. sobre el de en medio de los tres anteriores. Esto se repite hasta el fin de la vuelta, y queda terminada la estrella de rayos semicirculares.

Para reunir estas estrellas unas á otras, se cosen por el órden siguiente: se deja la primer onda ó cuadro de las ocho, y se cosen con las de otra las tres siguientes: se dejan las dos que siguen, y se cosen á la de otra las otras tres.

El efecto de esta labor es encantador.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.



LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

V.

EL COLOSO DE RODAS.

Tres siglos antes del nacimiento de Jesucristo era Rodas una de las más ricas islas del archipiélago griego. Sus habitantes, constituidos en una república completamente independiente, habían comprendido que la paz es el principal elemento para el desarrollo de la riqueza de un pueblo, y toda su política se encaminaba á mantener la más perfecta amistad, no solo con las naciones circunvecinas, sino con todas las que directa ó indirectamente pudieran contribuir al fomento de su poderoso comercio.

A la manera que en nuestros días lo verifican otros isleños, los rodios no vacilaban en adular, levantar estatuas y rendir homenaje á los monarcas de naciones enemigas, si de estos obsequios podían obtener alguna ventaja para su industria y comercio; y sin ambiciones de conquista, que era en aquellos tiempos la pasión de moda, sin tantas apariencias ni ruidos, sus numerosos bajeles cruzaban sin temor por todos los mares conocidos, y sus mercancías hallaban fácil entrada en todos los puertos del mundo.

En esta época venturosa para los rodios, aquella sagaz república tenía ya cónsules ó delegados en todos los países del globo. Sus escuadras dominaban las aguas del mar Egeo, las

del de Sicilia, y toda la parte occidental del Mediterráneo; y si fiel á su política no se hubiera al fin contaminado del deseo de obtener posesiones en tierra firme, ella hubiera sido por mucho tiempo la señora de los mares, como más tarde lo fueron las repúblicas de Génova y Venecia.

Esta prosperidad exterior no podía menos de dar sus frutos interiores, pues solo el producto que le rendían sus aduanas bastaba para sostener holgadamente los cargos públicos y dedicar cuantiosas sumas á el fomento de las ciencias, al de la industria, y aun á obras de

pura magnificencia y ornato.

Larga sería nuestra tarea si nos propusiéramos dar una completa idea de los grandiosos monumentos que adornaban las calles y plazas de la opulenta Rodas; mas no siendo nuestro propósito ocuparnos sino del que mereció contarse entre las maravillas del mundo,

dejemos la ciudad y volvamos la vista al famoso puerto donde se alzaba el célebre Coloso, objeto principal de nuestro artículo.

Sin duda por imitar, y aun exceder al fastuoso Ptolomeo, que años antes había dotado á Alejandria con el magnífico faro de que hablamos ya en otro lugar, los rodios quisieron tener también á la entrada de su puerto un monumento que, prestando el mismo servicio, simbolizase el poder y la grandeza de aquella república, á la que debían rendir acatamiento todas las naciones de la tierra.

Un discípulo del famoso Lísipo, que tuvo la honra de retratar al gran Alejandro; Cha-



El Coloso de Rodas.

rés el arquitecto, fué el encargado de interpretar el pensamiento de los rodios, y á la verdad que en su ejecucion no pudo andar mas acertado.

A la entrada del puerto, y con un pié sobre cada uno de los murallones que formaban la boca del muelle, construyó un enormísimo gigante de bronce que, abierto de piernas, dejaba espacio suficiente para que los bajeles pudieran pasar por debajo de ellas, aun llevando todas sus velas estendidas.

En una de las manos sostenia el Coloso una grande lámpara, ó mejor dicho, una hoguera, que como un faro servia durante la noche para indicar el camino á los navegantes: y es fama que para encender esta lámpara se subia por una escalera construida en el interior de la estátua, tan ancha y sólida como pudiera serlo la de la mas fuerte y elevada torre de piedra.

Con decir que las formas del Coloso eran proporcionadas á su altura, y que por debajo de sus piernas pasaban libremente los bajeles, se dice cuanto es posible para hacer formar una idea de lo que seria aquella imponente mole de bronce, cuya sola colocacion seria hoy difícil problema para nuestros actuales ingenieros.

Pero ya lo hemos dicho en otra parte. La Providencia, inexorable con los soberbios, destruye con mano irresistible toda obra humana inspirada por el orgullo, y el Coloso de Rodas, á pesar de toda su corpulencia y de la escogida colocacion que Charés le habia dado para que prevaleciese contra los rigores del tiempo, era demasiado débil para resistir al primer soplo airado del que dió movimiento á los astros del cielo y formó el universo al simple impulso de su voluntad.

Apenas hacia cincuenta años que el Coloso se hallaba de centinela á la entrada de Rodas, casi el tiempo necesario para adquirir la celebridad de que hoy disfruta en la historia, cuando un furioso huracan, acompañado de un terremoto que amenazaba hundir la isla y aniquilar hasta el último de sus habitantes, derumbó la estátua, y con ella el idolo metálico

que en su entusiasmo habian dedicado aquellos isleños á la honra de Júpiter.

Inmensos fueron los daños que experimentaron los rodios con aquel desastre. El puerto, los arsenales, los palacios y edificios públicos, todo fué destruido en menos tiempo del que tardamos en referirlo; y aunque todas las naciones se mostraron generosas en aquella ocasion desgraciada, pues todas á porfia se apresuraron á ofrecer y mandar cuantiosísimos donativos á aquella desventurada república, una fatal sentencia parecia fulminada sobre aquellos orgullosos habitantes, y la estátua que yacia por tierra, obstruyendo con su mole la entrada del puerto, quedó condenada á no prevalecer sino en la historia para recuerdo de magnificencia y ejemplo de la fragilidad de que adolecen las creaciones puramente humanas, aun aquellas que reunen mas condiciones de perpetuidad y grandeza.

JUAN CUESTA.

PATRIOTISMO DE FOCION.

Condenado injustamente Focion, uno de los hombres mas ilustres de la Grecia, por la ingratitud de sus conciudadanos, y próximo ya á espirar, le preguntaron sino tenia algun encargo que dejar para su hijo.

—Decidle de mi parte, contestó, que sirva á la patria con la fidelidad de que yo le he dado ejemplo, y olvide que una muerte injusta ha sido el pago de mis servicios.



HISTORIA NATURAL.



EL APTERYX.

El Apteryx es un pájaro sin alas, y pertenece á la familia de las aves corredoras, como el avestruz y el casoar, aunque se separa bastante del tipo general: sus plumas son suaves y flexibles, y terminan en una especie de barbas que se asemejan á la crin, de modo que el pájaro parece que va cubierto mas bien de piel que de plumas. Su pico es largo: sus patas fuertes y grandes, le permiten correr: su tamaño es poco mas que el de una gallina.

Habita en los bosques mas espesos de la Nueva Zelanda, cuyos habitantes le llaman

kiwé: no se reúne en bandadas con otros de su especie, pero ordinariamente se le encuentra en parejas. Se alimenta de insectos que busca en los sitios pantanosos por de noche, porque huye de la luz del sol, sin embargo de que su vista no es perspicaz en la oscuridad como la de las aves nocturnas: sus ojos son pequeños.

BENIGNO DONCEL.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.